

Enrique Molina

Páginas de un diario



INESPERADAMENTE he recibido una invitación cablegráfica al Octavo Congreso Científico Pan Americano que debe celebrarse en Wáshington del 10 al 20 de mayo. Me la ha hecho el eminente profesor Isaac Kandel del Teachers College de la Universidad de Columbia. La Dotación Carnegie pagará los gastos de viaje. El señor Kandel es el vicepresidente de la Sección de Educación del Congreso. Ha sido una invitación insistente y amable que me hizo vacilar en mi propósito de no concurrir a dicho torneo y de no presentar siquiera el caso de la concurrencia de algún representante de la Universidad de Concepción, en respuesta a las invitaciones recibidas con toda oportunidad por nuestro Instituto. Tal era mi actitud en atención a lo enormemente caro que resulta para los chilenos un viaje al país de los dólares.

Pero era muy honrosa la invitación y tentadora la perspectiva de ir a los Estados Unidos en las condiciones ofrecidas. Asistir a un Congreso Científico de

los más importantes del continente, volver a ver Wáshington, Nueva York y quien sabe cuantos lugares más. Tenía en contra de la aceptación que después de mi estada en Inglaterra, hace doce años, había practicado muy escasamente la conversación inglesa y que no había preparado ningún trabajo especial para el caso. Es verdad que en esta materia, al invitarme no me han pedido nada. Por lo demás, para remediar ambas cosas mucho se podría hacer durante la navegación.

Fines de Abril

El Directorio de la Universidad me ha dado, generosamente, toda clase de facilidades y el viaje está resuelto.

Dadas la premura del tiempo y la gran demanda de pasajes ha sido una gran suerte que mi señora y yo halláramos un camarote disponible en el Aconcagua, que ha salido de Valparaíso el 27 de abril, lo que nos permitirá llegar a tiempo al Congreso.

¡Cuántos cambios he encontrado en mi camino después de diez años de no haber salido de Chile! Antofagasta hace algunos años era lo más malo que cabe en materia de puerto. No daba más seguridad de la que pudiera ofrecer un peñón solitario batido en alta mar por las olas furiosas del océano. Hoy es un puerto perfectamente acondicionado, seguro, de aguas tranquilas con dársenas y malecones, a los cuales pueden atracar los vapores como en todos los grandes puertos

modernos. Es verdad que aquí no atracan sino los caleteros, porque un sindicato de trabajadores del mar o lancheros ha obtenido que los demás deban anclar a cierta distancia, para que sus asociados ganen su vida con el transporte de pasajeros y carga. Se siente que todo el trabajo realizado para hacer de Antofagasta un excelente puerto se malogre en parte por tal circunstancia; pero esta pequeña molestia tiene la compensación del pan que con ella se procura a mucha gente.

La explanada de los muelles está perfectamente asfaltada y se comunica con la ciudad por medio de una bella avenida. Las calles muy bien asfaltadas también. El conjunto de la ciudad revela un progreso urbano notable.

Del puerto de Iquique propiamente dicho cabe expresar otro tanto. Ya posee malecones a los cuales pueden atracar los vapores como en todos los puertos modernos.

* * *

Principios de Mayo

No poca sorpresa fué para nosotros cuando nos dijeron en el vapor que nos esperaban en Pisco, en nombre del Embajador de Chile don Alberto Coddou, para conducirnos en automóvil a Lima; pero como nada agregaron de que el Embajador mismo estaba allí la sorpresa fué muchísimo mayor y agradabilísima

cuando desde la lancha a vapor que nos conducía vemos destacarse, en la clara luz del horizonte tropical, en el extremo del muelle, a Alberto en persona, con su grata y sólida figura de siempre. Los sombreros se agitaron en el aire con íntimo regocijo, Alberto lanzó un «viva Chile» y luego nos dimos un apretado abrazo.

Alberto había tenido la suma gentileza de ir a esperarnos a Pisco recorriendo para ello, con un día de anticipación, centenares de kilómetros desde la capital. Pernoctó en un lugar vecino al puerto. La llegada del vapor estaba anunciada para la mañana temprano, pero se atrasó y entró a la bahía a eso de las dos de la tarde, de manera que después de hacer un viaje de cerca de cinco horas, de haber pernoctado en un lugar poco confortable, tuvo que esperarnos casi todo el día bajo una temperatura sofocante.

Por una magnífica carretera bien asfaltada se hace el trayecto de Pisco a Lima. Salimos a las tres de la tarde y con una marcha a buena velocidad y sin ninguna interrupción llegamos a la capital a las ocho de la noche. Las tierras que bordean el camino son colinas arenosas de color obscuro, sin árboles, sin viviendas humanas, sin animales. De tarde en tarde interrumpe la monotonía el verdor de algún vallecito transversal, donde crecen los arbustos achaparrados que dan el algodón. Burros por aquí y por allá, en el campo, al lado de las habitaciones chatas y de bajos murallones de adobes. Más distanciadamente todavía

uno que otro poblacho, de calles estrechas y empedradas y de casas bajas.

Alberto nos dió esa noche magnífica hospitalidad en el Hotel Bolívar, donde vive transitoriamente, mientras encuentra una casa conveniente para la Embajada. Nos ofreció una espléndida comida, en compañía de casi todos los miembros de la Embajada y de sus señoras.

Después de comida salimos a recorrer la ciudad en auto, y otro tanto hicimos al día siguiente desde la mañana temprano. La plaza principal se está transformando radicalmente. Sus perfiles coloniales van siendo un paisaje del pasado. En lugar del viejo palacio del gobierno se alza uno nuevo, imponente, grandioso, señorial, de bellas líneas modernas. La guardia es vistosa en su uniforme de vivos colores, estilo de granadero francés con cascos de bronce y larga crinière. Visitamos una vez más la antigua Catedral, la iglesia de San Francisco y esa bella reliquia arquitectónica del siglo XVIII que es el palacio de Torre Tagle. En sus salones, que hacen pensar en amores románticos, se encuentran los retratos de marqueses engolados y de damas de crinolina que parecen a punto de salir a bailar un minué.

Por una feliz ocurrencia del chofer visitamos la pequeña iglesia de Magdalena la Vieja, que se encuentra en una placita apartada, apacible y silenciosa. No se celebraba ningún servicio religioso en esos momentos, no había fieles en ella y las puertas estaban

cerradas. No había tampoco más turistas que nosotros. Los hombres no frecuentan los lugares de recogimiento y tal vez por esta circunstancia conservan su carácter de tales. La entrada nos fué franqueada fácilmente. La iglesia no tiene sino una nave. En el fondo y a sus dos lados altares dorados a fuego cubren totalmente sus murallas. Las bellas y complicadas líneas, taraceas y repliegues de su estilo plateresco le dan al oro relieves de brasas hogareñas y de sombras, le dan una blandura luminosa, cálida y acogedora, como si ese interior de templo fuera un cofre hecho con amor para encerrar el espíritu de alguna deidad.

Hemos admirado las espléndidas avenidas de Lima, con dos, tres o cuatro calzadas, separadas por franjas de césped, magníficamente iluminadas y bordeadas de bellas construcciones rodeadas de jardines. Lima se ha convertido en una hermosa ciudad moderna. No se levantan en ella muchos rascacielos que desentonen por su altura. Por la proporción de sus líneas urbanas y la poca estridencia de su aspecto general tiene en pequeño algo de la gracia de París. Agréguese a esto que sus pintorescos balnearios de Miraflores, Chorrillos y Barrancos se hallan tan estrechamente unidos a ella que forman en conjunto una sola ciudad.

El Callao, por sus malecones, dársenas y avenidas que conducen a los muelles y explanadas perfectamente asfaltadas que los bordean, se ha convertido en un gran puerto, con todas las condiciones modernas de tal.

Sin duda, las capitales sudamericanas: Buenos Ai-

res, Río de Janeiro, Méjico, Santiago de Chile, La Habana, Lima, Montevideo—y no nombro las demás porque no las conozco de cerca—son ya exponentes auténticos de la cultura occidental y no meros recipientes de colonizadores que vengan a civilizarlas. Quien ignore esto y se represente a la América del Sur sólo como un continente de razas inferiores, abierto a las audacias de los aventureros, se halla atrasado en muchos decenios en sus informaciones.

Lo dicho no significa negar que el poder militar de estos países sea de muy escasa consideración, ni que su poder financiero no pueda competir aún con el de los grandes imperios de la Tierra.

* * *

Hasta Callao fué nuestro compañero de mesa un matrimonio joven, formado por una distinguida dama peruana y un inglés. Ella era una saladísima limeña y él muy correcto, como un perfecto gentleman. Tanto por la vivacidad y animada charla de ella como por las contraposiciones que sobrevenían a menudo entre ambos, su compañía resultaba de lo más amena. Tenían un chico de unos nueve años muy sanito y bien parecido. Ellos se amaban sin duda. Ella era simpática y atrayente. El era joven, fuerte y buenmozo. Pero había entre ellos la oposición de dos razas y de dos temperamentos. Ella tenía la picardía de hacer de todo broma y él la atajaba y reaccionaba en forma in-

variable, seriamente. Esto la estimulaba a hacer nuevas bromas, pero con una sonrisa abierta y buena concluía ella siempre por ceder.

Pero la mayor parte de los pasajeros éramos chilenos y el viaje se fué haciendo gratamente dentro de la mayor cordialidad y sencillez, sin esos arrestos de etiqueta que suelen no dejar de ser molestos y que son inevitables en algunos vapores. Venía entre los pasajeros la señora M. E. de del C., que viajaba con sus tres hijas y una sobrina: cuatro niñas encantadoras. La señora E. de del C. ha recorrido mucho mundo y ha vivido largos años en Roma y en Inglaterra. Muy cristiana por su fe y su bondad, es griega por la finura y agilidad de su espíritu. Posee un don de gentes exquisito y su trato afable, fácil y vivo, es un deleite para quienes lo comparten.

Contribuían al bienestar y agrado de todos nosotros la buena comida que generalmente se nos ofrecía y las delicadas y constantes atenciones de que éramos objeto de parte del personal del vapor, de capitán a paje.

* * *

Ibamos a llegar a Guayaquil de noche. En la tarde enfilamos por el medio de la anchísima desembocadura del Guayas, que, por su amplitud, más que un río parece un brazo de mar. Sus riberas son bajas, verdes, pero no ostentan una vegetación exuberante ni árboles grandes. No dejan de ser pintorescas. Pero sin duda

pensábamos, en nuestro subconsciente, en algo más espectacular: en palmeras, en monitos saltando entre ellas, en caimanes bostezando sobre la arena de las orillas. Y no hallamos nada de esto. Nos encontramos con un río como los del sur de Chile, salvo su mayor anchura. Este río nos ha decepcionado.

Un pasajero ecuatoriano nos dijo más tarde que ya casi no se encontraban caimanes, a no ser en sitios muy apartados. Los cazadores que buscan su piel habían concluido con ellos.

Como el vapor iba atrasado deplorábamos la ubicación de Guayaquil en el fondo del abra que obligaría después al vapor a deshacer su camino y andar cuatro o cinco horas hacia el sur para volver a entrar en el océano y continuar su ruta al norte.

Además se temía la posible contrariedad de que sobreviniera la baja marea antes de que el vapor pudiera llegar al puerto y entonces tuviera que quedarse nuestro barco tontamente detenido toda la noche en medio del río.

Pero por fortuna esto no ocurrió y anclamos en Guayaquil a eso de las diez. Mientras lo miramos desde el río el pueblo nos causó una impresión poco favorable. Nos pareció pequeño, pobre y mal alumbrado. Pero una vez en él vimos que en mucho nos habíamos equivocado. Una bella explanada con palmeras se extiende a lo largo de la orilla. Sus calles, casi sin excepción, son amplias avenidas bien alumbradas y bien pavimentadas. Entre éstas merece mencio-

narse la avenida 9 de Octubre, en uno de cuyos extremos se levanta un bello monumento de proporciones grandiosas «A los héroes de la Independencia», debido al cincel de Benlliure. En el otro extremo, de espaldas a las aguas del río y al borde de ellas, se alzan estatuas de Bolívar y San Martín, unidos en una hermosa pérgola.

Desgraciadamente, se nota cierta negligencia, como acción del moho del tiempo, en los jardines y avenidas que circundan ambos monumentos.

¡Cuidado con los mosquitos! nos habían dicho en el vapor cuando íbamos a desembarcar; pero no había mosquitos ni otros bichos infecciosos. Debe haberse hecho un buen trabajo de saneamiento en ese sentido. Calor si que hacía. Los cafés y las confiterías estaban llenos de gente. Los más, vestidos de blanco, tomaban refrescos o cerveza alrededor de mesas colocadas en las aceras al aire libre. Era como un boulevard en pequeño, pero muy sombrío y silencioso. Nosotros tuvimos la mala idea de ir a meternos bajo techo a un llamado cabaret. A pesar de los ventiladores el calor era sofocante, y parecía aumentar con la aglomeración y bulla de los parroquianos y el humo de los cigarros. No había más show que una orquesta, cuyos músicos, vestidos de uniformes vistosos, ejecutaban aires bailables que los jóvenes y niñas allí presentes no dejaban de aprovechar.

Desde que ponen los pies en el muelle los pasajeros se ven asaltados por los vendedores de sombreros de

jipijapa, de objetos de cuero y de hueso muy bien fabricados. Ofrecen sus mercancías en el tono de la gente del trópico, que a nosotros los del sur nos parece cantarino y desmayado. Es de rigor el regateo con estos vendedores, y no es raro que un objeto resulte vendido por la mitad o menos del precio pedido en un principio.

* * *

En el vapor recibimos una atenta nota de saludo del rector de la Universidad de Guayaquil doctor T. Maldonado. El mencionado instituto de estudios superiores tiene, entre otras facultades, una Escuela de Medicina, muy acreditada sobre todo en lo relativo a la investigación y tratamiento de las enfermedades tropicales.

El saludo del rector nos fué pronto reiterado personalmente, a bordo, por el doctor ecuatoriano Pedro Pablo Eguez, eminente cardiólogo que tomó el barco para ir a Nueva York.

* * *

¡Oh, el bautizo de los que pasan por primera vez la línea del Ecuador! Es un episodio cómico-grotesco de lo más entretenido. Un americano de mucho humor se prestó para hacer el papel de Neptuno, que toma nota de los novicios y los amonesta por el atrevimiento de haber violado hasta ese punto sus dominios. Se pu-

so una melena y unas barbas de lino de un rubio des-
teñido y como de cordeles, por el estilo de las que se
ven en los relieves de los emperadores asirios. Una
casaca clara semejante a la que suelen llevar en ope-
retas los príncipes rusos o polacos, en su mano un tri-
dente revestido de papel plateado y sobre su cabeza
una corona de cartón cubierta también de papel pla-
teado, formaban su carnavalesco atuendo. A sus dos
lados se sientan bellas muchachas casi desnudas, la
reina de ese día y una de las damas de su corte. De
dios menor que le asistía se disfrazó estrafalariamen-
te uno de los oficiales del vapor. El acto tuvo lugar
una tarde a eso de las cinco con el sol tropical muy
en alto todavía.

El que debe ser bautizado se presenta en traje de
baño. Algunas veces se le trae en peso por dos acóli-
tos del dios marino, también semidesnudos. Se sienta
en una silla al borde mismo de la piscina. Neptuno,
como queda dicho, le dirige una amonestación que lle-
va escrita; luego su ayudante, armado de brocha gor-
da, lo embadurna desde la coronilla hasta los pies con
un líquido de harina blanca y le rompe un par de hue-
vos en la cabeza. El líquido viscoso mezclado con ha-
rina le corre por la cara. Es una facha para morirse
de risa. Por último, con un ligero empujón lo echa
con silla y todo a la piscina y queda bautizado.

• • •

El golfo de Panamá nos ofrece el regazo de sus aguas apacibles y tersas como un espejo. Islotes y colinas llenas de verdura lo rodean.

Los norteamericanos han tenido la acertada idea de llamar Balboa al puerto de entrada de la zona del Canal y Cristóbal al de la salida. Panamá queda a unos diez minutos de Balboa por una espléndida carretera, tan poblada que en realidad ambos pueblos no forman sino uno solo.

De Panamá a Colón hicimos el viaje en ferrocarril, con lo que nos adelantamos unas cuatro horas al vapor. La línea hace un bello y pintoresco recorrido. A veces pasa al lado de las esclusas del canal y se puede contemplar esta obra maravillosa. A veces, al lado de los ríos y lagos naturales que se han aprovechado para completarlo.

En la Zona es muy acentuada la separación entre negros y blancos, que llega a tomar algunos caracteres odiosos. Las viviendas de los pobres negros se hallan señaladas hasta por el techo, que debe estar pintado de color negro también, lo que les da cierto aspecto lóbrego y sombrío, no obstante la bella vegetación que las rodea.

Cristóbal está separado de Colón por una calle. Así ha quedado vinculado en una agrupación urbana el nombre íntegro del gran descubridor.

A pesar de un incendio reciente que había arrasado

muchas manzanas, en Colón observamos notables progresos en su comercio. Ha perdido el aspecto de comercio de baratillo y sus tiendas son elegantes y bien presentadas. Estas, por ser Colón puerto libre de derechos de aduana, constituyen la tentación de los pasajeros de todos los vapores. Es famosa la baratura de los artículos de seda que ofrecen comerciantes hindúes, árabes, españoles o criollos.

Colón tiene también su Montmartre. Es una pequeña parte de la calle de Simón Bolívar. Hasta un Moulin Rouge se encuentra ahí. Entreabrimos la liviana mampara de réjas que lo separa de la calle y observamos el interior. Era una cantina o cabaret. Cottes negras y criollas exuberantes de carnes y con mucho colorete estaban repartidas al lado de las mesas, acompañadas o esperando compañero. Música de radio o de vitrola. Público de marinos, soldados y gente que bebe, fuma y vocifera.

Como se sabe, la influencia norteamericana en Panamá es enorme. Uno de los principales diarios se publica en inglés y en español. Es, sin duda, la menos iberoamericana de las repúblicas de la América Española. Nueva York es la Babel moderna, donde se cruzan y viven todas las razas y todas las lenguas, pero mantiene su carácter de una ciudad norteamericana. En Panamá y Colón, donde también, en menor proporción se cruzan las lenguas y las razas, no se siente el sello de una nacionalidad. Parece que no hubiera un alma nacional. Sin embargo Panamá conserva en

sus pintorescas calles y plazas, y en sus iglesias ennoblecidas por el tiempo, su carácter y fisonomía de vieja ciudad española.

* * *

En Colón tomaron el vapor cuatro americanas de vida non sancta que dieron mucho que hablar. No todas eran amigas entre sí y de esta suerte pudo ocurrir que aun antes de que el vapor zarpara una de ellas tuviera una tremenda gresca con otra. Al llegar a su cabina la primera, encontró ocupada la cama de abajo y sacó por la fuerza a la ocupante. Las dos se trenzaron en una franca pelea, acompañada de insultos y gritos. Uno de los oficiales de la marina chilena que pasaba por ahí entró a la cabina para apaciguarlas. La más agresiva, interpretando mal la entrada del oficial a la cabina, casi lo arañó y lo echó fuera a empujones. Intervino el mayordomo del vapor, el excelente don Lucho, se pidió policía a tierra y don Lucho exigía que a las damas alborotadoras se las desembarcara, por indignas de ser aceptadas como pasajeros de un vapor de la categoría del Aconcagua. Con promesas de las culpables y la acción tranquilizadora del capitán de la nave, el incidente se dió por terminado y las americanas pudieron hacer su viaje.

Sin embargo, a la noche siguiente una de ellas, que tenía que compartir su cabina con una señora judía anciana, quiso arrojarla fuera diciendo que ella, ame-

ricana, no podía dormir con una judía. Hay que convenir primeramente en que tal actitud no tenía nada de propiamente americano, sino mucho de nacistas. Tuvo que intervenir de nuevo don Lucho e imponer su autoridad.

Según decían los pasajeros de la Sección Turismo, las americanas se lo pasaban bebiendo desde la mañana hasta la noche; pero se bañaban todos los días en la piscina y se las veía después en cubierta, semidesnudas. Bajo el sol tropical se hacían masajes y cubrían de pomadas sus cuerpos esbeltos y tostados.

* * *

La noticia de la ocupación violenta por los alemanes de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, transmitida por la radio, ha causado consternación a bordo. No han faltado tampoco los admiradores y panegiristas de las hazañas de Hitler. Uno en un círculo dijo:

—Napoleón ha quedado como una alpargata al lado de Hitler.

La b o u t a de fué recibida en silencio.

Pero otro agregó:

—Sin embargo no se puede negar que, desde el punto de vista alemán, Hitler está en la línea de Federico II y Bismark.

—Con la enorme diferencia, se repuso, de que los regímenes de Federico y Bismark en el interior fueron mucho más liberales. El Gran Federico dormía tran-

quilamente en su palacio de Sans Souci, sin necesidad de guardias personales.

* * *

En las largas horas del vapor hay tiempo para todo, hasta para proyectar estos tristes sucesos en una perspectiva histórica. No son una novedad en el cuadro de las tribulaciones humanas los imperialismos ambiciosos ni los ejércitos arrolladores y subyugadores de poblaciones débiles. Es una hoz que se ha venido empuñando a través de los siglos de mano en mano, como en otra senda paralela más alta se ha venido empuñando la antorcha de la cultura. La empuñaron esa hoz en su tiempo los asirios, los egipcios, los persas, los romanos. Todos en forma sangrienta e irresistible. Los mismos suelos industriosos de Bélgica y Holanda la han sufrido muchas veces. Han sido arrasados por los entonces invencibles ejércitos españoles de Carlos V y Felipe II. Cuando la rueda de la grandeza dió nuevas vueltas fueron oprimidos por sus aliados y defensores de hoy, los franceses en la forma de los imperialismos de Luis XIV y Napoleón I. Pero todas esas avalanchas avasalladoras han pasado. Lo único que no pasa, que se mantiene, que vuelve siempre, como el sol después de las tormentas, es el ansia inextinguible del hombre de encontrar un orden de justicia y bondad, el ansia de una vida ajustada a los valores del espíritu.

* * *

¡Qué hermosa y simpática ciudad es La Habana, con el acentuado carácter español, que ha sabido conservar! En las pocas horas que estuvimos en ella visitamos de nuevo el grandioso Capitolio, palacio de los cuerpos legislativos, monumento arquitectónico levantado en el estilo de los palacios de gobierno de los Estados Unidos de Norte América. Una gran cúpula lo corona al medio y en el interior el derroche de mármoles, de maderas preciosas y de techos ricamente artesonados y dorados en forma maravillosa es algo fantástico. Así, según se asegura costó alrededor de veinte millones de dólares.

Si no me equivoco, hoy día las más bellas y magníficas mansiones de parlamentos en el mundo se encuentran en la América Latina y son los de La Habana y de Montevideo. «Vanitas, vanitatum» han dicho algunos. Celebrémoslas, sin embargo, como una vanidad que se expresa en monumentos significativos de adhesión a las formas representativas, libertarias y democráticas de gobierno.

Visitamos también la Universidad, cuyos magníficos edificios se alzan en una amplia colina. Conduce a ella una inmensa escalinata, muy espectacular, pero de subida fatigosa y, por lo mismo, poco usada. Estuvimos en la Biblioteca General, una de las nuevas construcciones en estos últimos diez años. Se halla instalada en un edificio muy bien concebido para su

objeto, bello y cómodo. Su salón de lectura es algo ejemplar. Buena colocación de los catálogos y una perfecta difusión de la luz. Sin duda, la Universidad de La Habana es desde luego, por sus edificios tan hermosos y bien agrupados y por sus instalaciones, una de las mejores de la América Española.

En el hall de entrada de la Escuela de Ingeniería tuvimos el agrado de ver la Quimera, la estatua obsequiada hace diez años por la Universidad de Concepción a la Universidad de la Habana. Con este motivo le recordaba al profesor que nos acompañaba, las circunstancias inolvidables en que se hizo el obsequio.

Aceptando una invitación de la Universidad de la Habana, el Directorio de la Universidad de Concepción nos designó a don Luis David Cruz Ocampo, entonces Secretario General de la institución y a mí, para que en su representación asistiéramos a un Congreso Internacional de Universidades que tendría lugar en febrero de 1930 en celebración del segundo centenario del mencionado instituto.

Al tiempo de agradecer la designación manifesté que tratándose de conmemorar un aniversario como el indicado no era costumbre presentarse en esos actos con las manos vacías y propuse que lleváramos en homenaje a la Universidad que nos invitaba una reproducción de porte natural de la Quimera, el magnífico grupo de Nicanor Plaza, y una colección de las mejores obras de la literatura chilena. La indicación fué aceptada sin dificultad y pronto la estatua y los libros

estuvieron listos para acompañarnos a La Habana. Pero entonces algunos directores manifestaron temores de que los obsequios no fueran adecuados para el caso y, por no discutir, a última hora Cruz y yo partimos sin llevar nada.

Vino el primer acto solemne del Congreso, la sesión inaugural. En el vasto y elegante salón de honor o aula magna de la Universidad se hallaban presentes el Rector, los miembros de todas las Facultades, los representantes de las principales universidades del mundo occidental, damas y señores de la sociedad habanera, buen número de estudiantes, y presidiendo el acto el Primer Magistrado de la República Dr. Gerardo Machado acompañado de su Ministerio. Era una asamblea numerosa, docta y distinguida en un ambiente lleno de color y animación. Nosotros estábamos muy bien situados en el centro de la sala, frente a la mesa presidencial.

Después del discurso de estilo de un profesor de la Universidad invitante, empezó el desfile de los delegados de las diferentes universidades: de París, Londres, Heidelberg, Columbia, Roma, Florencia, etc. Cada cual rendía homenaje a la Universidad doblemente centenaria, consistentes casi sin excepción en algún magnífico pergamino a menudo escrito en latín.

Tocándole el codo le dije a mi compañero:—¿Qué le parece, Luis David? Y nosotros sin nada—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No hay más que ofrecemos la Quimera, pues,

don Enrique, me respondió con resuelta prontitud, casi con audacia.

—Ya está, ofrézcala.

—Tiene que ofrecerla usted.

Y el tiempo pasaba.

—Perfectamente le repuse por último.

—Voy a decirle al Secretario General que a su tiempo se le ofrezca la palabra.

Me puse a pensar rápidamente y como bajo presión lo que podría decir. Y fué más o menos lo siguiente:

Que la Universidad de Concepción de Chile, que teníamos el honor de representar en el Congreso, era una universidad muy joven y que valiéndonos de la libertad que esta falta de lazos tradicionales nos brindaba, nos habíamos permitido no seguir la costumbre observada por las grandes universidades seculares y que en lugar de nobles pergaminos traíamos en homenaje a la Universidad de La Habana, algo que no era posible presentar materialmente en la sala: ejemplares de las más valiosas obras de la literatura chilena y una reproducción de la Quimera, tal vez la más bella creación de la escultura de nuestro país, obra del genio de Nicanor Plaza. Con los libros aportábamos a la universidad festejada lo mejor del espíritu chileno y con la figura de mármol representativa de «la quimera», pensábamos en verdad ofrecer a la juventud estudiosa cubana un símbolo del ideal porque sin duda el artista se había valido del mito que lo inspirara para

poner en la piedra blanca la cifra del ensueño que atormenta a toda alma noble y por el cual sufre.

Debo agregar que, sin duda por cortesía, la numerosa concurrencia no me negó los aplausos.

Cuando llegué a mi asiento, el Presidente Machado, dirigiéndose a mí con la mirada, se tomó y movió sus dos manos juntas como queriendo estrechar las mías en un gesto efusivo de felicitación.

En cuanto salimos de la sesión Luis David y yo corrimos al cable y mandamos un mensaje urgente a Concepción para que enviaran la estatua y los libros.

Naturalmente no alcanzaron a llegar antes de la clausura del Congreso. Le dejamos al Ministro de Chile el encargo de que hiciera la debida entrega.

A pesar de los trastornos políticos y sociales que pronto agitaron a Cuba y de que la Universidad misma se vió clausurada por este motivo, la estatua no se extravió. Ahí está como manifestación de confraternidad universitaria e hispanoamericana.

• • •

Bajo la influencia norteamericana nuestro castellano en los países tropicales se viene corrompiendo con neologismos disparatados en forma lamentable. Ya en Lima se dice por automóvil «carro» traduciendo literalmente la expresión norteamericana *car*. Me han asegurado que los conductores de trenes dicen en Cuba «punchar o punchar el tiquete», de *to punch the*

ticket, por «marcar o perforar el boleto». Igualmente se habla de «parkear» el carro, en lugar de «estacionar el automóvil o coche». Aquí no podemos «parkear», se dice, refiriéndose a que no hay lugar para estacionarse. A un miembro cubano del Congreso Científico de Wáshington le oí hablar de «parachutista» por «paracaidista».

No se necesita ser defensor de un exagerado purismo para deplorar estas corrupciones que afean y no aumentan convenientemente el caudal de nuestro rico idioma digno de ser tenido por nosotros como un preciado tesoro.

• • •

Para llegar a tiempo al Congreso de Wáshington tomé en La Habana un hidroavión que me condujo a Miami. Era la primera vez que volaba; pero uno se acostumbra pronto. ¡Qué partida! Las seis hélices del aparato empiezan a girar furiosamente y éste arremete contra el agua como un bañista gigantesco ebrio de entusiasmo. Las aspas de las hélices azotan el agua y la levantan en remolinos, cortinas, lluvia, que le forman un penacho líquido al monstruo de acero. Luego comienza éste a levantarse y a avanzar en el aire como una nube movida por un viento suave; pero es una nube con ventanillas y con mucho ruido. Para contrarrestarlo el *stewart* o camarero ofrece pedacitos de al-

godón y goma de mascar (chewing gum), que no son, por lo demás, suficientemente eficaces.

Paisajes desde lo alto: las casas, las calles, los campos inmediatos, la línea repujada de la costa que se recorta en el mar. En seguida el ruido del avión que avanza bajo el calor sofocante del sol de los trópicos entre dos mantos azules, el del cielo y el del mar. Al acercarnos a La Florida contemplamos la alfombra verde de las tierras bajas de esta península, llena de islas cortadas por innumerables canales. Es un suelo tan dominado por el agua que parece que al hombre le fuera negado a andar a pie por él. El movimiento del océano no se nota y más que como una substancia líquida se presenta como manchas de precioso esmalte azulado, nacarado y con reflejos de perla.

Después de dos horas en el aire estábamos en Miami.

Era una tarde de primavera. ¡Qué lugar más agradable! Lo vemos como uno de los sitios más adecuados para una realización del paraíso terrenal. Lugar apacible que invita al reposo y a la restauración. Dilatados parques y magníficos jardines; amplias avenidas; árboles, muchos árboles: las casas se esconden detrás de la floresta; y un ancho río y un brazo de mar sereno con embarcaciones elegantes hechas sólo para el placer de las excursiones. Nada del tumulto de fierros, de mercaderías, de mástiles, de humo, de pitazos, de máquinas en movimiento que abruman en los puertos comerciales. Hasta el borde del mar llega el parque

donde los pájaros cantan embriagados de primavera. Hasta en el centro mismo del pueblo, donde no faltan por supuesto, los rascacielos, los cines y las grandes tiendas, el ambiente es tranquilo.

• • •

El avión de Miami a Wáshington es de mayores proporciones que el hidroavión. Se siente mucho menos ruido. Los sillones son más amplios. El viaje se hace en forma muy confortable. Si el *stewart* del hidroavión era atento, el del avión es atentísimo. Las luces generales se apagan temprano. Cuando cada cual, a veces después de leer un poco, apaga la luz que tiene al alcance de la mano, el *stewart* se acerca, inclina un poco hacia atrás el respaldo del sillón, le coloca un almohadón para que recline la cabeza y le cubre las piernas con una manta o *plaid*. Así dormimos hasta despertar con las luces del alba sobre los verdes campos de los alrededores de Wáshington. En Miami la primavera se nos había mostrado con sus galas de la tarde. Ahora lo hacía con las de la mañana.

• • •

Wáshington es a la fecha una de las ciudades más hermosas del mundo. No se siente en ella nada de ese predominio de lo industrial y comercial que es abru-

mador, con su aspecto a menudo sórdido, en centros como Baltimore, Filadelfia o Chicago y que es naturalmente sensible aun en la gran metrópoli de Nueva York, a pesar de los esfuerzos hechos, en gran parte con éxito, para embellecerla.

Ciudad de edificios monumentales, sin ser propiamente rascacielos, de amplias avenidas orladas de árboles y de parques magníficos. Desde el Capitolio se tiene una vista de gran belleza y sencillez. Domina el panorama el inmenso obelisco que es el monumento de Wáshington, gigantesca aguja señera que se alza en medio de un vasto parque. En una misma línea con el obelisco se levanta a lo lejos el templo griego del Lincoln Memorial. El monumento de Wáshington es de una sencillez audaz: una pura columna cuadrangular de piedra de 150 metros de alto, que se va estrechando hacia arriba, sin ninguna inscripción, sin ningún relieve. Para ojos irreverentes puede parecer una chimenea gigantesca. Ahondando en la posible psicología que encierra su concepción cabe interpretarlo como el mayor homenaje posible rendido a un hombre: el suponerlo de una grandeza tal que no necesita palabras ni explicación alguna. El monumento a Lincoln es más humano. Es un templo dórico. En el interior una inmensa estatua de mármol de Lincoln sentado y en las paredes inscripciones con trozos de discursos del gran Presidente.

Desde el Capitolio, tomando en el medio el monumento de Wáshington y extendiéndose hasta el de

Lincoln el parque da lugar a una dilatada alfombra rectangular de verde césped y con fuentes y juegos de agua magníficos. El conjunto es una perspectiva que sume al espíritu en el deleite de una contemplación de colores y líneas admirables y de grandeza cívica.

• • •

El Presidente Roosevelt inauguró oficialmente el Congreso Científico en la noche del 10 de mayo con un magnífico discurso. El acto tuvo lugar en el gran salón de la Unión Panamericana. Fué un discurso sobrio y elocuente, sin una palabra de más ni de menos, en que se dejaba sentir la angustia que producía la situación europea y se reafirmaba la fe en los ideales democráticos y pacifistas. «Todos los hombres y mujeres de este Congreso Científico Panamericano, dijo, han llegado esta noche aquí con el corazón oprimido. Nuestras esperanzas de un desarrollo pacífico de la civilización moderna han recibido un golpe terrible. Estamos consternados por las trágicas noticias que nos han llegado de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. La población del mundo en su inmensa mayoría abomina de la conquista, de la guerra, de los derramamientos de sangre y quiere que la mano del vecino no esté levantada como una amenaza contra el vecino». «El hemisferio occidental es casi la única parte de la tierra en que una reunión como la presente puede tener lugar. En otras partes la guerra o la política ha compe-

lido a los maestros y hombres de estudio a traicionar su vocación y a convertirse en agentes de la destrucción. Nosotros y la mayor parte de las gentes creemos en una civilización de construcción y no de destrucción. Nosotros y la mayor parte de las gentes creemos que los hombres y las mujeres tienen un derecho inherente a seguir la vida individual que prefieran siempre que no dañen a sus semejantes. Llamamos a esto con diferentes términos sinónimos: libertad individual, libertad civil, democracia. Sentimos que estamos construyendo el progreso humano por medio de la lucha contra las enfermedades, la pobreza y el malestar, por medio del adelanto de las ciencias y de la cultura, apartando sin cesar la crueldad, la crudeza y la barbarie de épocas menos civilizadas. Contrariamente en otras partes del mundo a los maestros y hombres de estudio no se les permite investigar la verdad por temor de que ésta, una vez conocida, pueda no servir los designios de sus amos. Esto no ha sucedido en el Nuevo Mundo y quiera Dios que en él no suceda nunca. En las Conferencias Panamericanas de Buenos Aires y Lima hemos discutido una sombría y desagradable posibilidad. Temíamos que por obra de la escuela de destrucción otros continentes pudieran verse envueltos en la guerra de manera que a las Américas quedaría reservada la misión de guardianes de la cultura occidental, de protectores de la civilización cristiana. En aquellos días eso fué simplemente un temor. En estos días el temor se ha convertido en hecho. Los grandes

progresos de la ciencia, y aun los del arte, pueden ser usados tanto para crear como para destruir. Son sólo instrumentos en la mano del hombre para realizar lo que éste prefiere. Si se busca la muerte la ciencia puede traerla. Si se aspira a una vida plena la ciencia puede procurarla también. Felizmente esta alternativa se halla resuelta entre nosotros porque en el Nuevo Mundo vivimos los unos para los otros y al servicio de un espíritu cristiano. Yo soy pacifista y vosotros mis conciudadanos de las 21 repúblicas americanas sois pacifistas. Creo que, llegado el caso, vosotros y yo, por abrumadora mayoría, hemos de proceder juntos para proteger y defender por todos nuestros medios nuestra ciencia, nuestra cultura, nuestra libertad y nuestra civilización».

Por delante de cada asiento se había colocado un aparatito auricular para que los asistentes oyeran el discurso en español o en portugués según prefirieran. Para lograrlo no tenían más que aplicárselo al oído después de haber colocado un tornillo en la parte correspondiente. De esta facilidad disponían los delegados únicamente en las sesiones generales.

* * *

Sólo he podido asistir a las sesiones de la Sección de Educación. No había tiempo para más. Las sesiones propiamente tales del Congreso no duraron más que una semana y como había que asistir a recepciones

y fiestas y visitar lugares de celebridad histórica o importantes por otros motivos las horas disponibles resultaron escasas. Cada orador para hacer relación de su tema no podía emplear más que 15 minutos, lo que era sin duda un tiempo estrecho. La Sección tuvo como Presidente efectivo al profesor Isaac Kandel, quien procedía siempre con mucha discreción salpicada de *humour*. Concurrieron a ella, fuera de autoridades universitarias norteamericanas en materias de educación, algunos eminentes educadores y escritores de la América Latina como, para nombrar solo algunos, el doctor Agustín Nieto Caballero, Rector de la Universidad de Bogotá, el doctor Manuel Beltroy, profesor de la Universidad de San Marcos de Lima, el conocido intelectual señor Mariano Picón-Salas, director de la revista «Cultura» de Caracas, el señor José Mancisidor, Jefe del Departamento de Educación Secundaria de la Secretaría de Educación Pública de México. Integraban la delegación chilena en esta Sección, fuera del autor de éstas páginas, la señora Amanda Labarca y la señorita Irma Salas, que actuaron brillantemente.

Casi todos los relatores trataron en sus trabajos de lo que se hacía o se proyectaba hacer en sus respectivos países en cuanto a actividades educacionales y en otros se acentuó la orientación social que debe tener la educación.

Yo leí, reduciéndome todo lo que pude dentro del corto tiempo acordado y extendiéndome hasta ocupar

media hora, un estudio titulado «De los elementos espirituales que deben informar el progreso del hombre». En él reafirmaba con aplicaciones adecuadas a las circunstancias algunas de las tesis que he sostenido en mi libro «De lo espiritual en la vida humana».

Como conclusión presenté la siguiente: «Proposición de algunas orientaciones para la educación en las Américas»:

«1.º La formación de una conciencia americana que condene y rechace el recurrir a la guerra entre las naciones americanas de manera que entre éstas no sean posibles más competencias y emulaciones que las de la industria, dentro de la más perfecta equidad y sin propósitos de explotación, y las de las ciencias, las letras y las artes.

2.º Para los efectos indicados en el número anterior deberán eliminarse de los textos de enseñanza en todos los grados de la educación, los datos, referencias y apreciaciones que puedan ser hirientes u ofensivos para cualquiera de los países americanos. En forma análoga debe extenderse esta actitud a la enseñanza oral.

3.º Proyectar estas normas al resto del mundo con la convicción de que los americanos estamos trabajando en favor de la humanidad y de una cultura nueva. Dar de esta suerte al concepto de progreso un sentido espiritual y ético en que los valores (libertad, justicia) encuentren su más alta verificación en el respeto a la personalidad humana, sin dictaduras de clases o de

individuos, y sin naciones, clases ni grupos privilegiados».

Cuando se puso en tabla el tema «Concepto de una educación liberal», hablé de la fundación, historia, organización y labor de la Universidad de Concepción, presentándola como un ensayo honrado de educación liberal. Dije que la universidad en sus actividades seguía una línea ajena a todo proselitismo, a confesiones religiosas determinadas y a intereses políticos; que en ella se hacía obra universitaria pura encaminada al cultivo de la ciencia y al desarrollo de la personalidad dentro de normas de bien entendida tolerancia. Terminé dando a conocer la divisa de la universidad, cifra de sus orientaciones y de su alma: «Por el desarrollo libre del espíritu».

* * *

Una de las mañanas de que he podido disponer he ido a visitar la Biblioteca del Congreso. Cuenta ya con seis millones de volúmenes. Se le ha agregado un nuevo magnífico edificio. Las salas de lectura no son de una arquitectura tan grandiosa como la del grande y solemne salón del primitivo edificio, pero sí más adecuadas. Recientemente nombrado, es Director de la Biblioteca Mr. Archibaldo Mac-Leish, una de las figuras más interesantes de la literatura norteamericana contemporánea. Es poeta de renombre, autor entre otras cosas, de un celebrado poema intitulado **El Conquistador**.

Existe dentro de la Biblioteca, gracias a la munificencia de Mr. Archer Milton Huntington, una sección hispánica (Hispanic Foundation) que cuenta ya con un buen número de volúmenes y revistas de la literatura española e iberoamericana.

En las inmediaciones de la Biblioteca del Congreso se encuentra la Biblioteca Shakespereana, monumento levantado al gran poeta por la generosa admiración de Mr. Henry Folger. Ocupa un bello y sencillo edificio de mármol y con magníficos relieves alusivos a las obras de Shakespeare, en su exterior. Debería llamarse más bien la Casa de Shakespeare, porque fuera de las ediciones más valiosas del gran vate, contiene una gran cantidad de cuadros, retratos, bustos y estatuas referentes a Shakespeare y hasta una reproducción casi de porte natural del Teatro del Globo, en que actuaba el genial dramaturgo.

* * *

En la Unión Panamericana he tenido el agrado de encontrar a mi amigo el escritor y profesor chileno Francisco Aguilera, ex alumno del Liceo de Concepción, radicado en los Estados Unidos desde hace muchos años, donde ha desempeñado, entre otros cargos, el de profesor de Literatura Castellana en la Universidad de Yale. Ahora trabaja en la Unión. Me dijo que continuaba a la vez sus labores literarias. Se hallaba empeñado a la fecha en llevar a cabo una tra-

ducción en versos castellanos del poema citado más arriba de Mac-Leih «El Conquistador».

Hablamos de la literatura estadounidense contemporánea y de sus novelistas actuales más representativos como John Steinbeck con *The Grapes of Wrath*, Ernest Hemingway con *To have and have not* y William Faulkner con *The Wild Palms*. Se podría citar además a Thomas Wolfe con *Look Homeward Angel*.

En una encuesta reciente sobre los libros que debe leer o haber leído un candidato a la presidencia de la República se señala entre los primeros *The Grapes of Wrath*.

* * *

Los congresos científicos generales, en que hay secciones para todas las ciencias, como era este Panamericano de que venimos hablando, no permiten discutir a fondo problemas científicos propiamente tales; pero con el trato de tantas personas se anudan nuevas amistades, se reciben informaciones de todo carácter, políticas, literarias, artísticas, económicas, sobre los países de donde vienen los delegados, y en la charla de cada momento se consideran en sus diversos aspectos cuestiones de actualidad, todo lo cual enriquece el espíritu y contribuye al mejor conocimiento mutuo de naciones enteras.

* * *

En este Congreso hay que mencionar particularmente las exquisitas atenciones de que los delegados hispanoamericanos fuimos objeto de parte de los norteamericanos. El gobierno, la sociedad y los organizadores del Congreso nos brindaron una hospitalidad espléndida.

En la noche del sábado 11 de mayo, el Secretario de Estado Mr. Cordell Hull, ofreció una recepción y baile en la Unión Panamericana.

El domingo tuvo lugar una excursión a las cavernas de Luray en Virginia.

En la semana siguiente, fuera de un almuerzo oficial y de una comida oficial servidos en el mejor hotel de Wáshington, el *Mayflower*, fuimos invitados a dos garden parties y a un concierto dado en el Constitución Hall por la orquesta sinfónica de la National Broadcasting Company, bajo la dirección del maestro Arturo Toscanini. Habría unas cinco mil personas. Fué un concierto maravilloso y sin duda el número sobresaliente de los festejos. No recuerdo haber oído música mejor.

En la noche del viernes 17 partimos en dos vapores fluviales para Old Point Confort, en Virginia a fin de visitar Williamsburg. Navegamos toda la noche. En el puerto de llegada nos esperaban autobuses en número suficiente para todos los delegados y sus familias que eramos como trescientas personas. En cada

autobús iba una joven norteamericana que servía de guía y daba informaciones sobre todos los puntos dignos de mención, por donde pasábamos. Williamsburg es una población conservada con el más solícito cuidado, con a more podríamos decir, dentro de sus caracteres de ciudad colonial del siglo XVIII. Casi todos sus edificios son de ladrillo sin enlucir de manera que predomina en ellos un color rojizo. Las junturas forman una red de líneas blancas rectangulares y el conjunto recuerda un estilo de construcciones que fué muy frecuente en Chile a fines del siglo XIX, de suerte que la impresión general no es de tan venerable antigüedad, como sin duda los norteamericanos desearían.

Recorrimos el palacio del gobernador, el castillo, la cárcel, etc. Seguramente no era lo menos interesante que se podía ofrecer a nuestra vista, los personajes vivos vestidos en trajes de la época que se presentaban como una perfecta evocación del pasado. ¡Qué adusto carcelero y qué siniestro verdugo pudimos ver al lado de la horca, de la guillotina y del cepo! Nos hacían pensar en escenas de la revolución francesa. ¡Qué damas más encantadoras encontramos en las habitaciones del palacio y del castillo, vestidas de claro, con amplias faldas y las caderas abultadas casi en ángulo recto por la crinolina. Parecían a punto de hacer una graciosa reverencia cortesana.

La excursión duró todo el día y fuimos atendidos

espléndidamente. Se nos sirvió desayuno, lunch y comida en forma irreprochable.

El lunes 20, terminadas las sesiones del Congreso y tomando el camino de Nueva York, concurrimos a una recepción y lunch ofrecidos por la Sociedad Filosófica Americana, con sede en Filadelfia. Esta sociedad tiene una noble prosapia; fué fundada por Benjamín Franklin. Filadelfia se enorgullece de ser la ciudad de más ricas ejecutorias y tradiciones dentro de la nación americana, como primera capital de la República y centro de la lucha por la independencia.

El martes siguiente fué el día de la Feria Mundial. Los delegados fuimos llevados en la mañana en tren especial de Nueva York a la Feria, y aquí, bajo una conducción perfectamente organizada, se nos mostró lo esencial de la Exposición. Es aquello tan rico, tan enorme y tan variado que un día no basta ni con mucho para verlo todo aunque se permanezca ahí, como lo hicimos nosotros, todo el día y hasta la medianoche. Monumentos bellos de proporciones gigantescas adornan todas las avenidas. En el centro se alza una esfera colosal acompañada al lado de una especie de obelisco. Un motivo ornamental de gran efecto lo forman las fuentes y juegos de agua. De noche, combinados éstos con luces de diversos colores dan lugar a efectos fantásticos. Visitamos las instalaciones de la General Motor, el panorama de la ciudad futura, el magnífico pabellón de los Estados Unidos. En todas partes admiramos los prodigios que hacen los norte-

americanos con las aplicaciones técnicas de la electricidad.

Ya en cuanto habíamos podido observar anteriormente y en todas las manifestaciones ofrecidas a los delegados habíamos admirado también la capacidad organizadora que los norteamericanos y su afán de no economizar esfuerzo para prever y calcular cada detalle a fin de evitar molestias o perturbaciones y hacer que lo proyectado se realice sin tropiezo alguno.

Nos pareció, sin embargo, que este ejemplar prurito de buena organización no se había aplicado en el lunch y en la comida que nos ofrecieron en la Feria. Las viandas eran de la mejor calidad y abundantes; hasta había buenos vinos no obstante que en los Estados Unidos son tan frecuentes las comidas que en cuanto a bebidas no se sirva más que agua; los postres, el té y el café eran excelentes. Pero el servicio debía hacerse según el sistema de las cafeterías. La cafetería es un restaurante en que usted se sirve por sí mismo. Se toma a la entrada un cartoncito en que están señalados los precios de lo que se puede consumir; cada cual se provee de una bandeja y de los cubiertos que calcule necesitar; pasa por un largo mostrador donde se exhiben los comestibles y elige lo que quiere. La empleada que le entrega la vianda le perfora el cartón de precios en los que corresponden. Usted mismo lleva su bandeja a una mesa, se sirve y paga a la salida. No ha necesitado ni mozo ni dar propina. Los alimentos que se expenden en las cafete-

rias, como asimismo en los restaurantes automáticos, son de excelente calidad. En estos restaurantes se prohíbe fumar y no se bebe más que leche, agua, té o café.

Los invitados teníamos, pues, que ir presentando nuestros platos a un mostrador para que se nos pusiera lo que queríamos. Pero como éramos algunos centenares, el arreglo resultó precario y, a pesar de toda la deferencia y cortesía que nos guardábamos, hubo inevitable confusión, mangoneo y funcionamiento de los codos más de lo conveniente.

La jira a la Feria terminó con una magnífica revista o show ejecutada exclusivamente para los delegados en el amplísimo teatro al aire libre de la Exposición. Se representaron cuadros con fiel colorido de la historia norteamericana; escenas de la vida de Washington, de Lincoln, de Teodoro Roosevelt. Hubo además bellos ballets y escenas de la más acabada comicidad, como una especie de monólogo mudo de un maleante que queriendo robarse una bicicleta y, perturbado por un guardián que sólo aparece a la distancia, no consigue más que desarmar el aparato de las más variadas y ridículas maneras.

La revista había sido un brillante punto final del último día que pasábamos juntos y nos separamos.

Nos separábamos con el sentimiento de que el panamericanismo era una realidad. Antes nos había parecido un bello ideal robustecido en años recientes por la política de buen vecino practicada por los últimos gobiernos de los Estados Unidos. Ahora, después de

la cooperación y cambio de ideas que habíamos practicado y la prueba de cordial hospitalidad que nos habían dado los norteamericanos se había hecho carne viva en nosotros el sentimiento de que los americanos de las tres Américas formábamos una sola y unida entidad internacional.

Para intensificar los lazos del Panamericanismo de que hemos venido hablando, que podríamos llamar Panamericanismo espiritual, queda naturalmente aun mucho por hacer, entre otras cosas, que nosotros estudiemos más inglés y conozcamos mejor a los Estados Unidos del Norte y que ellos estudien más español y conozcan mejor a los Estados por ahora Desunidos de la América Latina.

Mucho habrá contribuido también para que comprendiéramos la necesidad de estrechar nuestros lazos de americanidad la actual desolación de Europa que impone a los pueblos del Nuevo Mundo un proceder armónico y bien coordinado si quieren mantenerse como conglomerado étnico y cultural de primer orden y salvar a la democracia.

No está demás que deje bien en claro que concibo la democracia de acuerdo, por cierto, con el ejemplo norteamericano, como un régimen en que no deben faltar ni la jerarquía, ni el orden ni la disciplina.

Junto con felicitarlos por el éxito del Congreso Científico, les manifesté nuestros más sinceros agradecimientos por las atenciones recibidas, a unos cuantos eminentes norteamericanos, entre ellos a Mr. Leo S.

Rowe, Director de la Unión Panamericana, a Mr. Alejandro Wetmore, Secretario General del Congreso Científico, a Mr. Kenny Palmer, Director de la Chile American Association y al anteriormente mencionado Vice presidente de la Sección de Educación, profesor Isaac L. Kandel y al profesor de la Universidad de Pennsylvania nuestro amigo el doctor Samuel Guy Inman.

(Continuará).